

PEDRO GUTIERREZ DE SANTA CLARA

Cronista mexicano de la conquista del Perú

(1521 - 1603)*

En las crónicas del Palentino y de Cieza se siente el ruido de la guerra civil: trote interminable de caballos de Charcas a Lima y de Lima a Quito, con las banderas alzadas de la rebelión. En la crónica de Gutiérrez de Santa Clara ha quedado aprisionado el color. El cronista de los *Quinquenarios* es de aquellos que transportan a la historia la técnica de la pintura. Los capítulos de su historia de las guerras civiles semejan grandes frescos con el movimiento, el colorido y la desenvoltura vital de las escenas del Tintoreto.

Gutiérrez de Santa Clara, llevado de su genio pictórico, se propone narrarnos, en cinco libros, las guerras civiles del Perú y, hasta la historia entera del descubrimiento y conquista, para acomodar mejor la perspectiva de su objetivo histórico. Su historia, —que es acaso autobiografía porque debió ver muchas de las escenas que narra— carece por completo de nota alguna subjetiva y personal. Es íntegramente externa y el autor se recata de darnos opinión o juicio que perturbe la libre contemplación de la escena. La historia de Gutiérrez de Santa Clara es la más vivaz y colorida de las crónicas. Es también la más sugestiva y dramática por el asunto: la rebelión de Gonzalo Pizarro, con su cortejo de batallas, emboscadas, traiciones, crímenes, pronunciamien-

* Del libro inédito *Los Cronistas de la Conquista*, por RAÚL PORRAS BARRENECHEA.

tos, como porque en ella se yergue, sobre el fondo ascético de una plaza española, con una horca levantada en el centro, la figura siniestra de Francisco de Carvajal, el Demonio de los Andes.

Desborda de colores la crónica de Gutiérrez de Santa Clara, como los cuadros de la escuela veneciana. El cronista los prodiga, aquí y allá, en las descripciones de los *alardes* o desfiles militares, de las fiestas de cañas y sortijas, en los recibimientos de virreyes, caudillos y gobernadores. Él nos dice el atavío del Virrey Núñez de Vela en Iñaquito; cómo iba Gonzalo Pizarro el día de su primera entrada triunfal a Lima: las coracinas de terciopelo carmesí, el sombrero de seda y plumas, el sayo de brocado acuchillado, y la esmeralda rutilante sobre el pecho; y la armadura de plata dorada y ropa de raso amarillo y las coracinas de terciopelo carmesí que llevaba el trágico día de Xaquixaguana, y cómo era el estandarte de damasco azul con las armas de los Pizarro y las iniciales de Gonzalo que llevaba su Alférez Mayor y la bandera de tafetán negro, cruzada por dos bandas rojas, que anunciaba a Francisco de Carbajal. Pero el bermellón destaca entre todos los tonos de esta época de sangre. Los soldados llevan "gorras coloradas con muchas plumas" y "manteos de grana con mucho terciopelo carmesí". El día de la muerte del Factor Illán Suárez de Carbajal, asesinado por el propio Virrey Núñez Vela, en su palacio, los caballeros del séquito, como en un cuadro veneciano, "echaron sus capas y mantos de grana" encima del cuerpo exánime del Factor. "Su sangre —dice el cronista— sembrando manchas de color quedó en la pared apegada mucho tiempo".

Parece que el autor reuniese elementos y colores para una serie de cuadros. Un pintor podría escoger allí todos los materiales para un estudio de época. En Gutiérrez de Santa Clara podrá encontrarse la descripción de todo el atuendo de la conquista: los trajes de los soldados y los frailes, el de los capitanes y los arcabuceros, la enumeración de

las armas —picas, arcabuces, ballestas, pelotas, las sillas de montar a la gineta y la estradiota— los instrumentos de música, los muebles del Virrey Núñez Vela saqueados por los soldados, caxas ensalayadas, cofres tumbados, guardamecíes y reposteros. La prenda más estimada y el más noble arreo de los caballeros era el caballo. Gutiérrez de Santa Clara los pinta deleitosamente como el más airoso elemento decorativo del cuadro. Y vemos a Gonzalo Pizarro entrar en la ciudad de los Reyes en su "grande y poderoso caballo español, castaño oscuro, llamado el Villano" con su testero de plata y las espadas colgando del arzón, al Virrey Núñez Vela en Iñaquito con su "caballo muy crecido, rucio y bien hecho, que parecía pintado que llamaban el caballo Frisson" y a Carvajal, entrando en las batallas, con su caballo que tenía un agujero en la frente o recorriendo las calles en busca de pupilos para la horca, en su "mula bermeja" que los soldados creían que era el demonio. (III, 376). Esta la ha descrito con una sencillez y veracidad admirables. "Acontecía muchas veces estar todo el día y hasta la noche ensillada y enfrenada y sin comer cosa alguna y tener siempre las orejas levantadas como si estuviese asombrada y con todo estaba muy gorda y luzia como si no travaxara". (IV, 272).

Como buen pintor, Gutiérrez de Santa Clara descuella en la técnica del retrato. Es el único cronista que domina este arte sutil y psicológico que requiere mayores refinamientos que los usados por la crónica notarial o soldadesca de la conquista. Los retratos de Gutiérrez de Santa Clara recuerdan, por la seguridad de sus trazos, por su agudeza de observación y a veces por su ironía, a los de Saint Simon o el Cardenal de Retz, guardadas las distancias entre estos finos palaciegos y un soldado de la América tropical. Esto revela también, de paso, la índole cortesana de Gutiérrez de Santa Clara. El retrato, es de por sí, un género áulico, aristocrático y distante de la masa.

A lo largo del libro de Gutiérrez de Santa Clara quedan perennizados, en una galería abigarrada, los principales per-

sonajes de la revolución de Gonzalo, así el Virrey Núñez Vela como el Presidente Gasca, el propio Gonzalo o su maestro de campo Francisco de Carbajal o algunos de sus feroces lugartenientes. A veces le basta un rasgo físico moral o un par de adjetivos, para definir a un personaje como el *Virrey Núñez Vela*, de quien dice una vez que era "hombre furioso y capitoso" y otra que era "hombre de barba y sangre en el ojo" y que, por sospechar de todos, sospechaba hasta de sí mismo. El delirio persecutorio y la índole irascible del Virrey están precisados en Gutiérrez de Santa Clara con cierto fondo irónico. El cronista, seguramente soldado de la compañía que hacía guardia al Virrey, le oyó bramar y gruñir, llamando a voces "traidores, descomulgados, cismáticos y herejes" a los partidarios de Gonzalo y le vería dormir, como lo cuenta, encima de la cama, armado con cota y zaragüelles de malla. El apunte está tomado de cerca. También estuvo muy próximo a *Gasca*, en Panamá, cuando éste llegó sin más armas que su breviario y "con el bonete en la mano y comenzó por la persuasión y la cautela a ganar voluntades". "Era, dice, retratándole, tan benigno y manso, tan callado y astuto en estas cosas que era de notar, a exemplo de los rios profundos y grandes que sin ruido corren con gran furia, sin ser de nadie sentidos; assi el Presidente como rio profundo de su sagacidad y prudencia disimuló con todas estas cosas sin hazer casso dellas por no mostrarse arroyo pequeño que haze gran ruido en los pedregales: tales son algunos que no saben guardar ningún secreto". (IV, 221). Era, dice también, "muy conversable" y "mas parecia padre de todos que gobernador o Presidente". (V, 251).

Lo mejor de su técnica retratística lo reserva el cronista para perennizar a *Gonzalo* y sus capitanes, o es quizás porque estos personajes de novela o de film eran más fotogénicos para la historia. Gutiérrez de Santa Clara no simpatiza, por muchas razones, con Gonzalo, y su retrato de éste no es favorable. El cronista era hombre pacífico, aman-

te de la cultura y las letras y como recién llegado a la tierra, poco afecto a los primeros conquistadores. A Gonzalo le llama siempre el "gran tirano" y dice de él que era "hombre de baxa suerte", rústico "de poco entendimiento y menos saber". (II, 11). "Y como no era letrado ni en cosa ninguna experimentado". (II, 3). Otra vez dice que "era duro de corazón y entendimiento". A pesar de su poca simpatía e incomprensión por la figura del caudillo rebelde, el cronista se ve obligado a reconocer que "no hubo en las Indias hombre más amado que Gonzalo". (IV, 140). El retrato de éste es el más completo, por la reunión de rasgos físicos y morales y por la técnica demorada, de todos los cronistas: "Sería, dice, de quarenta y cinco años, poco más o menos: tenia la persona de buen parescer; era alto de cuerpo y bien formado, proporcionado y gentil hombre, aunque moreno de rostro, y la barba tenia algo larga y negra, y la frente ancha, y la nariz conforme a su persona. Andava siempre en buenos cavallos, y a la brida, porque era muy buen bridon, y de la gineta no se le entendía cosa alguna; era hombre de animo y esfuerço y de grandes fuerças; no sabia leer ni escribir, y despues que tiranizó la tierra siempre anduvo vestido a la soldadesca; era amigo de caza de volateria mas que de cetreria. Era inclinado a las cosas de la guerra, y gran sufridor de los trabaxos della, y era gran arcabuzero y muy certero, y con ser hombre de baxa de (sic) entendimiento, declarava bien sus consejos, aunque por muy groseras palabras. No sabia guardar secreto ninguno, de que se le siguieron muchos ynconvenientes en sus guerras, y era enemigo de dar, que también le hizo mucho daño, y davase demasiadamente a mugeres, assi a yndias que tenia en su palacio, como las de Castilla, que se preciava de ser muy enamorado, aunque lo hazia secretamente". (VI, 150).

A *Carbajal* le ha retratado en toda su obra, en las más diversas ocasiones, deleitándose, como el Palentino, en el relato de las anécdotas, reveladoras de su personalidad san-

guinaria y de su codicia. Paso a paso le sigue en su campaña de Charcas, recogiendo sus dichos y crueldades. Para Gutiérrez, Carbajal fué "el coco" de las guerras civiles o "espantajo con quien ponian miedo a los servidores de S. M." "Era, dice, el mas cruel y endiablado hombre que uvo en esta tierra", "fierabrás y endemoniado", "astuto y sagaz para lo malo y gran traidor". Los soldados creían que tenía pacto con el Demonio para descubrir los secretos y traiciones y los epítetos de endiablado y endemoniado, son los que acuden con más presteza a la pluma del cronista, para calificarle. "Era, dice al hablar de su ejecución a los ochenta y cuatro años, gran trabaxador y velador, mas que requería su hedad y quando dormia la siesta era muy poco y esto encima de una silla, puesto de recodo y la mano en la mexilla y luego se levantaba". Con los rasgos sueltos y los apuntes tomados por Gutiérrez de Santa Clara, sobre Carbajal, sobre todo de la campaña de Charcas con los "invencibles paladines de Pocona", se podría constituir la mejor etopeya del Demonio de los Andes. Gutiérrez de Santa Clara es el mejor biógrafo de Carbajal.

Al lado de los gobernadores destacan otras figuras austeras unas, y feroces otras. Del Factor Illán Suárez de Carbajal dice que era "padre de todos los pobres y amigo de amigos", y reitera "padre de la patria y refugio de los pobres", del Oidor Zárate que era "viejo y podrido", de fray Tomás de San Martín, el fundador de la Universidad de Lima, que era "muy dulce en su hablar y razonar" (IV, 101), y de Martín de Robles "hombre ardidoso y mañoso". A Blas de Soto, hermano materno de Gonzalo Pizarro, le pinta así: "Era Blas de Soto hombre de pocas carnes y enjuto, y la persona como afeminado y delicado, mas empero era de grande animo y destreza". Los mejores aciertos retratísticos de Gutiérrez de Santa Clara pueden considerarse, sin embargo, sus semblanzas de Hernando Bachicao y Juan Vélez de Guevara. El primero fué el feroz lugarteniente de Gonzalo que cañoneó la casa de Garcilaso en el Cuzco y paseó las naves

de los tiranos por la Mar del Sur llevando colgados de las antenas los cadáveres de los maestros y pilotos enemigos. Gutiérrez de Santa Clara le designa: hombre de baxa suerte, presuntuoso, cruel, avariento, mal cristiano, gran renegador y blasfemo, gran ladrón, unas veces denodado y otras cobarde, "feroz y mal agestado; tuerto de nube y tenía una cuchillada por la cara y era gran balandrón y solia dezir muchas veces: ladrar pese a tal y no morder". (II, 103). Y de Vélez de Guevara "bravoso capitan y bachiller" que por la mañana vestía de letrado y juzgaba muy bien y por la tarde se ponía galanos arreos de capitán y llevaba un arcabuz, dice: "Era hombre de cinquenta y cinco años quando le ahorcaron; era hombre de buena condición y amigable para sus soldados y para sus contrarios mortal enemigo; era coxo de una pierna, de una cuchillada que él mismo se dió, por dar a un mayordomo suyo, porque avia maltratado de palabra a un soldado; era liberal y dadivoso; mas del dinero ageno ¿quién no lo será? y era natural de Málaga". (VI, 121).

Gutiérrez de Santa Clara ama más la ciudad y la vida civil que la guerra y es aquélla la que describe de preferencia. Su mayor destreza y complacencia es para describir las grandes escenas civiles o los preámbulos de la campaña militar en la ciudad. La fiesta civil sobre todo, los desfiles de estandartes y el brillo de los brocados, "las hachas encendidas y grandes luminarias", le embeben de júbilo. Diríase que tiene siempre listo su traje de fiesta para la crónica. La descripción de los "alardes" o revistas de tropas del Virrey o Gonzalo, de Carbajal o de Puelles en Lima, Cuzco o Quito, se repiten múltiples veces en su crónica con la enumeración de las compañías que desfilaron, los capitanes que las mandaban, el color de los estandartes que se "abaxavan" ante el caudillo o el gobernador y los trajes de los jefes y soldados. Los cuadros de las grandes solemnidades civiles, la entrada del Virrey bajo palio, acompañado por los regidores "con ropas rozagantes de raso carmesí", la entrada triun-

fal de Gonzalo en Lima, o la de Carbajal después de Pocona, la de Gonzalo en el Cuzco después de Guarina o la llegada de Gasca a Panamá, sombrío y desgarbado y a quien las tropas de Gonzalo saludaron con disparos de arcabuz y vivas a Pizarro, le dan ocasión para desplegar todas sus dotes de narrador y de colorista. Pero en lo que brilla sobre todo su condición de hombre civil y cortesano, es en su delectación al referir las intrigas y complots y en recoger todos los ecos de las murmuraciones, los donaires y cuchufletas de la plaza y hasta los deslices de la vida íntima de los capitanes que alegraban los corrillos. Es maestro en rastrear los orígenes y seguir los meandros de una conspiración, los diálogos, seducciones, sobornos, pláticas secretas, espías, cartas echadizas, tratos dobles, todo el arte pérfido y sutil de la traición de la época. Parece haber leído a Maquiavelo y saber todos los artes para descubrir las conspiraciones y conjurar sus peligros. Sus páginas sobre las maniobras de Gasca en Panamá para ganarse la escuadra y las tropas de Gonzalo "con el bonete en la mano", y las relativas al motín de Qui-to contra Pedro de Puelles son, además del mérito histórico, por ser testigo de vista, de las más sugestivas y sencillas muestras de un magnífico narrador.

El cronista refleja naturalmente su clase social. Soldado anónimo, recoge sobre todo el ambiente popular, el aire y el lenguaje de la multitud de la conquista. En su crónica quedan, como en el suelo de una plaza, después de una gran fiesta civil, todos los despojos rotos, descoloridos y confusos, todos los alamares, baratijas, ecos de canciones y gallas abatidas de la fiesta. Allí están los motes de los capitanes y los soldados el *Galán*, el *Coxo*, el *Tuerto*, el *Astrólogo*, el *Poeta* y los nombres de burla con que en los campamentos y en las calles se llamaba al Virrey o al Presidente, "Juan Blas" o el "Sacristán de Taboga" designan más fácilmente a Núñez de Vela y Gasca que sus propios nombres. Gutiérrez de Santa Clara recoge alucinado los dichos y donaires de los soldados, los juramentos y blasfemias de

los capitanes, los pregones de la Audiencia, los vítores y las coplas, los pasquines en que se llama a Carvajal "el Botijón" o ríen la huída de Centeno, los lemas de los estandartes y las inscripciones de los arcos triunfales, el pasquín, la cédula real o la carta cifrada. El lenguaje mismo del pueblo, rudo, imperfecto pero profundamente expresivo, halla cabida en algunos adjetivos pintorescos y frases de su crónica. Para decir que alguno estaba receloso o hastiado de otro dice que se hallaba "estomagado". De unos caballos apunta que "iban gordos y hovachonazos". (I, 393). De Carvajal dice que no le gustaba que "le boqueasen" y hablasen mucho. Y el refrán acude a cada paso, con su grano de sal democrático y su filosofía picaresca, acorde con el temperamento del cronista: "Después de ido el conejo venido el consejo" escribe a raíz de un arrepentimiento tardío y, a propósito de las esperanzas fallidas de los rebeldes, repite varias veces, socarrón y complacido, "tornóseles el sueño del perro". El estilo criollo de Palma tiene aquí su atisbo inicial.

El más documentado y minucioso cronista de las guerras civiles, testigo de vista de sucesos capitales, carece casi de biografía. Se esfuma él de su crónica, huye hablar de sí mismo y sólo en el último capítulo de su obra y en las coplas finales, escritas sesenta años después de la conquista, cuando "le tiemblan las manos por su cansada vejez" se liberta momentáneamente de su nativa timidez y modestia.

En el capítulo final de su obra, declara que no ha nacido en España y en las coplas acrósticas ser "mexicano". Serrano Sanz presume que nació en 1521 y que fué hijo de Cristóbal Gutiérrez de Santa Clara, Tesorero en la Isla Española y Alcalde en Santo Domingo, o más probablemente de Bernardino de Santa Clara, soldado de Narváez y Cortés y vecino encomendero de México. De éste habla el cronista con su impersonalidad acostumbrada, diciendo que le trató mucho, que era amigo del Virrey Mendoza y del Obispo Zumárraga y que sus hijos, despojados de las enco-

miendas de su padre "viven en grande pobreza y miseria en México". En su obra él demuestra gran veneración por el Obispo y Virrey y se refiere a ellos con gratitud y emoción familiares. Los Santa Clara, según Serrano, serían de origen hebraico. De sus estudios dice el cronista que no estudió en "ninguna facultad sino muy poco o nada". Sin embargo su crónica revela alguna ilustración, cita a "Aristóteles", a Plutarco, Aulo Gelio y otros autores clásicos. Parece, no obstante la opinión contraria de Serrano Sanz, que sabía latín, aunque imperfectamente, enseñado por algún fraile macarrónico, porque recurre siempre a frases y expresiones latinas.

En 1543 ó 44 debió pasar al Perú. Él declara haber presenciado los sucesos ocurridos desde que Gonzalo Pizarro avanzó del Cuzco a Lima. (Cap. XVII). Perteneció como soldado a la compañía del capitán Pablo de Meneses, partidario del Virrey, y pudo haber asistido a la prisión de éste por los Oidores que describe con gran animación. Vió luego la entrada de Gonzalo a Lima y se sumó a éste. Con su capitán marchó a Panamá y vió desembarcar a Gasca. Meneses es luego enviado a Guayaquil y se incorpora al ejército de Gasca. Al salir Gasca de Xauxa para el Cuzco, Meneses iba como jefe de la retaguardia. El cronista estuvo, pues, seguramente en la batalla de Xaquixaguana.

También afirma Gutiérrez de Santa Clara, haber sido secretario de Lorenzo de Aldana, uno de los más grandes cambiabanderas de la guerra civil. En su crónica le defiende y dice que cuando servía a Gonzalo, trató de pasarse a Gasca, y él le oía suspirar por el servicio de S. M. (II, 239). De Meneses dice alguna vez sonriente: "el cordero de nuestro capitán".

Como soldado debió viajar por casi todo el Perú, principalmente por la costa que revela conocer bien. En su crónica quedan huellas de su paso por Chíncha, Chimu, Piura, islas de Lobos y Tiahuanaco (no Guánuco). Fué amigo del cacique de Chíncha y de Paullu Inca. Es posible

también que aprendiese algo de quechua. Por lo menos al final de su libro pone un vocabulario quechua-español.

Debió regresar con el Presidente Gasca a Panamá, apenas terminada la guerra civil y pasar en seguida a México. Allí participó en la guerra contra los chichimecas y escribió algún capítulo sobre ellos, en un libro titulado *Coloquios*. Así lo dice él mismo en su crónica: "en quanto lo que toca a estos chichimecas, (que) libros hay particular dellos que escrivi en mis Colloquios, y de los males y daños que han hecho desde el principio de su rebelión en donde se cuentan y relatan largamente las costumbres y malas inclinaciones que tiene toda la generación de los chichimecas que ay en la Nueva España". (V, 241). En 1603 vivía aún en México y dedicó su obra al Virrey Marqués de Montesclaros, por haber cesado en el cargo el Conde de Monterey a quien antes la tenía dedicada. El gesto revela a un áulico perfecto.

Como cronista Gutiérrez de Santa Clara debe ser colocado al lado de Cieza y de Garcilaso. Para la rebelión de Gonzalo Pizarro es el primero y principal informante, tanto como testigo presencial como por mérito de historiador. Vió y dijo más que los otros y no le teme a la prolixidad. "Aunque a la verdad he visto algunos autores que han escrito en sus libros brevemente y de oydas y otros que lo vieron y escrivieron cortamente y en esta obra va todo escrito ampliamente, según mi parescer". (I, 19). A más de su testimonio personal, Gutiérrez de Santa Clara utilizó muchos papeles que pasaron por sus manos como secretario que fué de Lorenzo de Aldana y que copiaba para su obra. Entre ellos cita las coplas de Juan Bautista de Escobar, en defensa de Bachicao, ciertos borradores de Carbajal sobre el arte militar, memoriales del secretario de Gonzalo, Pedro del Aguila, y unos apuntes de Francisco Maldonado sobre los preludios de la revolución de Gonzalo. Para la campaña de Carvajal contra Centeno, se informaba por los soldados y entre ellos cita a Bernardino de Balboa.

El cronista protesta de su imparcialidad y dice que habla "sin afición como en toda esta obra lo hago". En general, prefiere eludir su opinión o acomodarla al criterio oficial. Teme, según propia confesión, que le tomen por sospechoso: "Mas no me quiero meter en estas honduras por que es cosa peligrosa, que quizás me ternán por sospechoso". (IV, 6). En otra parte declara que tuvo grandes tropiezos para escribir su obra "y grandes temores que los detractores me pusieron por delante". (VI, 263). Otra vez puesto a decidirse entre dos versiones, concluye: "el sabidor destas cosas es el Señor de los Señores que escudriña los corazones y pensamientos de los hombres y sabe los secretos que se hazen muy escondidos". (IV, 329). Evasiva de un espíritu medroso y algo escolástico.

En general, sin embargo, puede deducirse que Gutiérrez de Santa Clara es, sobre todo, un partidario de la paz y de su propia tranquilidad, y un hombre de la época de Gasca. Como hombre de paz, detesta a los alborotadores, a quienes llama "malsines y chismeros, zizañadores y hombres bravoneles". De ellos dice con desdén "que no tenían que perder si no la capa en el hombro". Él se declara del partido de los hombres virtuosos y de bien "amador de la paz y quietud" y proclama que "no hay mayor victoria que la que se alcanza sin sangre". Su repulsión por los "tiranos" parece ser sincera. Él considera en realidad a los rebeldes como "enfermos" y a los leales como "sanos". Desea "no oír ya la trompeta y atambores" y que termine la lucha fraticida en que se "ahorcaban los hombres sin ninguna razón" y "se hazían cuartos los hombres como si fueran carneros". La guerra, apunta, "es una red barredera y pestilencia mortal que siempre causa y trae muchos males y enojos y muy grandes trabajos en todas las cosas". (V, 252).

Los "segundos conquistadores", llegados después del sometimiento del país, ajenos a los sufrimientos y penalidades del descubrimiento y conquista, carecían también, por lo general, de la audacia heroica de los primeros conquista-

dores. Más reposados y menos violentos, representaban un anhelo de organización y de paz, se hallaban menos dispuestos a la lucha y menospreciaban la obra y las fatigas heroicas de quienes habían ganado el territorio. Hubo aún un sentimiento, mezcla de protesta y de envidia contra los grandes beneficios y posesiones de que gozaban los primeros conquistadores y la tendencia a desalojarlos de ellos, Gutiérrez de Santa Clara, pese a su serenidad y abstencionismo, no puede eximirse, como hombre de la época de Gasca, de estos turbios resquemores. Cegado por esta pasión, llega el cronista a decir que Gonzalo Pizarro, vencido en Xaquixaguana creyó que no le matarían sino le enviarían a España "como si tuviese algunos buenos méritos". (VI, 132). Para el paniaguado de Gasca, ante cuya imaginación el clérigo pacificador era uno de los más grandes servidores de Dios y del Imperio, resultaba carente de mérito, el hermano del Descubridor que estuvo presente, desde los 20 años, a todas las escenas del descubrimiento y conquista y que había, por sí mismo, hallado las fuentes septentrionales del Amazonas. ¡Estrecha visión, pobre y trágica injusticia humana de una generación que se niega a reconocer las hazañas gigantescas de la precedente!

¿Fue Gutiérrez de Santa Clara mestizo o criollo? Su biógrafo Serrano Sanz se inclina a considerarlo como mestizo. No hay pruebas en uno ni otro sentido. Psicológicamente coinciden el criollo y el mestizo, educados en el mismo medio y recibiendo las mismas presiones geográficas y sociales. El criollo ofrece, atemperadas, las cualidades raciales del español, pero es más sosegado y pacífico y ama la vida de ciudad. Estas características se presentan en Gutiérrez de Santa Clara. Del mestizo posee el instinto supersticioso, el fatalismo ante la vida, la tendencia acomodaticia y servil, la afición al lujo y el amor sibarítico de los brocados y las sedas, de todo lo exterior y decorativo tanto en indumentaria como en el adjetivo retorcido, la palabra pizpireta y el neologismo barroco. Del mestizo es también la

sensibilidad hacia los indios y del indio la tendencia a lo supersticioso visible en toda la crónica. También, como anuncio de una pendiente criollista, el oportunismo político y la propensión satírica. En esto principalmente difiere de Garcilaso. En el Inca predomina la melancolía indígena, en tanto que en el mexicano apunta ya la burla criolla.

Criollo o mestizo, el medroso servilismo de Gutiérrez de Santa Clara le lleva a adoptar una posición curvada e insincera y a veces hasta llegar a extremos lamentables. Aquel que se rebela contra su Rey dice, lejos de la gran tradición hispánica del Cid o del padre Mariana: "no devia llamarse hombre entre los hombres buenos, sino bruto, animal, monstruo". (III, 394). Y agota las protestas en este sentido. (VI, 147). Aún al gobernante injusto y al "señor sañudo" como a Núñez Vela, hay obligación de obedecer. (I, 205). La rebeldía es una enfermedad. El tono es como el de cualquier turiferario de nuestros caudillos democráticos. Lo único que lo redime es la sorna íntima de algunos pasajes en los que se desliza su intención burlesca, como cuando "las mujeres vanilocas de Trujillo", reciben con cencerros al Virrey Núñez Vela. (I. Cap. VII.)

En su obra pueden encontrarse atisbos favorables a su españolismo como a su indianismo. Esto favorece acaso la tesis de su mestizaje. Al referirse a los indios dice casi siempre "los tristes y miserables indios". Y en dos o tres ocasiones demuestra su afición a las indias. Éstas si se "lavan" no serían desdeñables y las halla "bien dispuestas y galanas", (II, 471. III, 494). Pero este sentimiento humanitario o erótico no debilita su profundo españolismo. La conquista fué para él una gracia divina. "Los invencibles españoles, dice, fueron al nuevo mundo, con ayuda de Dios cuya causa amplificaban". No se lamenta de la destrucción de los imperios mexicano e incaico, sino que la aplaude porque puso fin a una época bárbara de infidelidad. "Las bárbaras naciones de mexicanos, escribe, (eran) peores que luter-

nos". El verdadero vencido en la conquista no fué el pueblo indígena, fué Satanás.

En algunos sumarios capítulos, (Tomo III, cap. LVI a LXVI) Gutiérrez de Santa Clara ha tratado también la historia de los Incas, recogiendo noticias a veces inéditas sobre su religión y costumbres y aun sobre los hechos. Le interesan particularmente las leyendas, creencias y supersticiones de los indios y, como en la conquista española, la indumentaria y las costumbres suntuarias: fiestas civiles y religiosas, adornos, juegos, borracheras, sacrificios. Extensamente refiere el ceremonial de los sacrificios humanos, y la forma de ultimar a la víctima con una "cachiporra de enzina y cobre". (III, 492). También consigna un calendario de las fiestas incaicas y una buena descripción de los dos grandes caminos incaicos de la costa y de la sierra. El cronista hace, a propósito de ellos, un fervido elogio del Imperio incaico, cuyas obras materiales halla comparables y aun superiores "con ser una gente bárbara y sin letras" a las de los griegos y romanos. (III, 536). Sin embargo de no haber vivido en el Perú en la época toledana, Gutiérrez de Santa Clara sostiene la tesis de la tiranía incaica sobre las otras tribus del Perú y los antiguos curacas (VI, 260) y llega hasta afirmar que el Cuzco fué sólo conquistado por Pachacutec. Atribuye la decadencia del Imperio a las continuas guerras civiles entre los mismos indios (III, 536 y VI, 260). En suma, en su crónica, hay atisbos y novedades muy interesantes sobre muchos aspectos de la historia incaica.

En el tomo III, el cronista ha esbozado también una relación de la conquista del Perú, basada en parte en Xerez y con algunos pequeños datos originales recogidos acaso de testigos presenciales. Igualmente en el tomo V, traza en varios capítulos un relato del descubrimiento y conquista de México, en el cual parece reflejar los recuerdos de Bernardino de Santa Clara (V, 81 y 132) y en el que hay un animado cuadro de la muerte de Moctezuma y un buen retrato de éste (V, 90). También entre sus recuerdos de la

época de la colonización mexicana, destaca su retrato del Obispo Zumárraga (V, 190) y algunas escenas vividas de la época del Virrey Antonio de Mendoza, a quien admira y llama "mi señor".

Gutiérrez de Santa Clara—mestizo o criollo—no se lamenta de la extinción de las civilizaciones indígenas. Si alguna melancolía o reflexión melancólica puede hallarse en Gutiérrez de Santa Clara es ante las divisiones y muertes entre españoles. El cronista de las guerras civiles extrae de ellas una sensación de acedía y tristeza ante tanta batalla "y sucesos tan tristes y calamitosos como pasaron entre cristianos y cristianos en estas miserables tierras que cierto es una tragicomedia y elegía de miserias y de cosas muy tristes y mal afortunadas" (V, 30). Este sentimiento de desengaño de las glorias humanas, de vanidad y fugacidad del poder y la fortuna—"la incierta y dudosa fortuna"—que vuelve insistentemente a la pluma del cronista, recuerda el tono de Jorge Manrique en la vida preñada de pasiones de la Castilla enriqueña. La lamentación de las coplas retona en estos trozos de la crónica: "Así mismo es de considerar de los muchos capitanes y hombres principales y soldados vezinos que se hallaron en la conquista destas regiones, así los que sirvieron a Su Magestad, como los que siguieron la parte de los tiranos que uvo en ella; ¿qué se hizieron todos estos? ¿Adonde fueron? Ciertamente que ya son muertos y están ya olvidados los unos y los otros, y como sombras se passaron y declinaron desta presente vida, que todo ello fue tragicomedia y elegia de desventuras y miserias y una vanidad de vanidades. Porque unos murieron en las batallas y recuentros, y otros fueron muertos de los yndios, y otros quedaron tendidos en los campos donde se davan los recuentros y batallas, muertos y descabeçados, sin dalles sepulturas, y fueron manjar de los brutos animales y de las aves de rapiña, y otros fueron aborcados y hechos quartos".

Raúl PORRAS BARRENECHEA.

Lima.

BIBLIOGRAFIA

Manuscrito:

El manuscrito de los *Quinquenarios* se conserva en la Biblioteca Provincial de Toledo, en cinco libros. El nombre del autor consta de un acróstico colocado al final de la obra, a semejanza del que puso ante su obra el autor de la *Celestina*. Uniendo las primeras letras de las 26 estrofas se tiene: "Pedro Gutiérrez de Santa Clara, mexicano". Y en la dedicatoria agregada al final de su vida al Manuscrito, suscribe: "Pedrus Gutiérrez Sancta Clara subjectionem humillen et debitam offert".

EDICIONES:

HISTORIA DE LAS GUERRAS CIVILES DEL PERU.—Madrid, 1904-1926. —6 volúmenes. Edición hecha por Manuel Serrano Sanz, con prólogo y epílogo biográfico, en los tomos I y VI.—(Serrano Sanz cambió el nombre de *Quinquenarios*, dado por el autor, por el que lleva el libro).

REFERENCIAS:

Ibid.—Prólogo de Serrano Sanz.

Means.—*Biblioteca Andina*.

